

la inventado u oído, de podería oponer á las pruebas evidentes contrarias, de sembrarla en todas las asambleas del pueblo, y de engañar con esto á los unos y cerrar la boca á los otros. Parece también que la hiciesen valer aun más de aquello que ellos mismos pensaron. ¿Podían ellos acaso ignorar totalmente lo que tantos miserables sabían, y que por todas partes llamaban á Jesús Hijo de David? Luego si en vez de pedir cuenta á Dios de los desórdenes que reinan entre los hombres, la pidiéramos á ellos mismos, no encontraríamos por todas partes otra cosa que negligencia, pereza, indiferencia, malicia, enormidad y pecados de todas las especies, que justificarian con evidencia los castigos que Dios ejecuta sobre los culpados. El verdadero origen de los desórdenes procede de que los hombres prefieren las tinieblas que aman á la luz que aborrecen.¹

El tercero. *Del respeto con que se debe responder á semejantes preguntas.* Podemos preguntar con fruto las razones de Dios, cuando lo hagamos solo para adorar sus caminos, para entrar y conformarnos con sus designios, y para instruirnos y edificarnos nosotros mismos. Con este espíritu podemos considerar que Jesucristo no hablase de su familia y del lugar de su nacimiento. Lo primero, porque Dios, en la comunicación de sus luces y en la distribución de sus gracias, no se regula sobre nuestra pereza, sino sobre nuestras verdaderas necesidades. Manifiesta, es verdad, manifiesta Jesucristo á los judíos su divinidad y su generacion eterna, bien que por su culpa no quisiesen darle crédito, porque no podían aprenderla sino de él mismo; pero nada les dijo de lo que por sí mismos podían saber. Haced vosotros lo que podéis y pedid lo que no podéis. Segundo. Porque Dios en la conducta que tiene con nosotros, se regula sobre su sabiduría, y no sobre nuestra malicia. Nos da abundantemente las luces y los socorros que necesitamos; pero cuando abusamos de los bienes que nos da, cuando obstinadamente resistimos á sus luces y á sus gracias, querer que la amente á proporción de nuestra obstinacion, es querer una necesidad. Caminemos á Dios con la rectitud de nuestros corazones, que jamás nos faltará él. Aprovechémonos de las gracias que nos hace, y nos hará otras mayores. Si tal vez ha vencido Dios con magnificencia la obstinacion de ciertos pecadores, él es el Señor. ¿Quién podrá jamás investigar la profundidad de su ciencia y de su sabiduría? Pero hacer gran cuenta de un semejante milagro y pedirselo, lo repito aun otra vez, es una suma necesidad.

PETICION Y COLUQUIO.

Adoro, ¡oh Dios! mio! la profundidad de vuestros caminos; todo en vos es santo justo y sabio,

1 S. Juan, c. III, v. 19.

2 Ad Rom., c. XI, v. 32.

vos nos colmáis de vuestros bienes, vos nos prevenís, nos convidáis, nos ayudáis y yo me pierdo. Si lo verro, si me condeno, toda la culpa es mia. ¡Ah! lejos de mí, ¡oh Señor! aquel orgullo del espíritu y aquella corrupcion del corazón que resisten á todos los medios de la salvacion. Amén.

MEDITACION CLXXV.

DE CUANTO SUCEDE EN EL CONSEJO DE LOS JUDIOS EL ULTIMO DIA DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

San Juan, cap. VII, v. 45, 53.

Observemos primero, el testimonio que dan los soldados de justicia enviados para arrestar á Jesús; segundo, la respuesta de los fariseos á este testimonio; tercero, la representación que á este propósito hace uno de los remadores; cuarto, la respuesta de los fariseos á esta representación.

PUNTO I.

TESTIMONIO DE LOS SOLDADOS DE JUSTICIA ENVIADOS PARA PRENDER Á JESÚS.

“Volvieron por tanto los ministros á los fariseos y á los principes de los sacerdotes, los cuales les dijeron: ¿por qué no lo habeis traído? Respondieron los ministros: ningún hombre ha hablado jamás como este hombre...”

Como se esperaba infaliblemente que Jesucristo compareciera de nuevo en el templo el último día de la fiesta de los Tabernáculos, se tuvo un gran consejo á que intervinieron los pontífices, los sacerdotes, los principes ó cabezas del pueblo y los fariseos. Habían estos enviado soldados ó sea ministros del pueblo para arrestar á Jesús cuando hablase allí comparcido, pero estos se estuvieron escuchándole sin atreverse á emprender contra él cosa alguna. Entró tanto los esperaban con impaciencia en el consejo, y cuando lo vio volver sin Jesús, les preguntaron los pontífices y los fariseos: “¿Por qué no lo habeis vosotros traído?... Toda la respuesta que estos pudieron darles, fue decir: “ningún hombre ha hablado jamás como este hombre...” Si un sólo discurso de Jesucristo había hecho sobre ellos tan grande impresion, ¿qué impresion no debe hacer sobre nosotros la union de todos sus discursos que nos han conservado los evangelistas? Llamémosnoslos á la memoria algunas veces y exclamemos con estos ministros del templo... “Ningún hombre ha hablado jamás como este hombre...”

Primero. *En cuanto á la moral.* Ningún hom-

bre ha dejado jamás reglas tan puras y tan santas, ninguno ha ordenado para con Dios tanta piedad, tanta sinceridad, tanto respeto, tanto amor, tanta confianza, para con el prójimo tanta caridad, compasion, generosidad, paciencia, para nosotros mismos tanta abnegacion, tanta sobriedad, tanta caridad, tanto desinterés.

Segundo. *Cuanto á su origen.* Ninguno se ha hecho jamás eraser por Hijo de Dios existente en el seno de Dios antes de haber nacido sobre la tierra, conociendo todos los secretos de Dios y haciendo con él una misma cosa.

Tercero. *Cuanto á su ministerio.* Ninguno ha dicho jamás que ha venido al mundo para salvar á los hombres de sus pecados, para ser la fuerza de los débiles, el consuelo de los afligidos, la luz del mundo, el camino, la verdad, la resurreccion y la vida, para ser el Juez supremo de los hombres, resucitados y querer dar á cada uno segun sus obras ó una vida eterna ó un eterno suplicio.

Cuarto. *Cuanto á la adhesion y amor que le debían sus discípulos.* Ningun maestro ha dicho jamás á sus discípulos que si no le amaban mas que á su padre, que á su madre y mas que á sí mismos no serian dignos de él, que debiesen estar dispuestos á dar por él su vida, á gloriarse y tenerse por dichosos en ser despreciados, calumniados, azotados y crucificados por amor suyo.

Quinto. *Cuanto á su recompensa.* Todo lo promete en la otra vida, una gloria inmensa, una felicidad infinita, una vida eterna; pero nada les promete en este mundo porque no es de este mundo su reino: aqui sola promete penas, flantos, suplicios y cruce.

Sexto. *Cuanto á sus propias acciones.* Ninguno como él ha dicho jamás aquello que debía hacer durante su vida, lo que haria después de su muerte, que moriría en tal tiempo, en tal lugar, en tal manera, porque así quiera, y que tres dias después resucitaria, etc.

Séimo. *Cuanto á sus milagros.* “Ninguno ha dicho jamás: cuando no querais creerme á mí, creed á mis obras...” Los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos resucitan... Ah! son ciertamente divinos estos y otros pasos que seria cosa larga el referir, y en los cuales tenemos motivos para exclamar: “no, ningún hombre ha hablado jamás como este hombre...” El Hijo de Dios, el Verbo de Dios hecho hombre ha tenido sobre la tierra un lenguaje que la ficcion y la fabula, la malicia de los hombres y de los demonios no ha podido ni podrá jamás imitar. Avergüenacese, pues, los impios del indigno coque que se atreven á hacer del Hijo de Dios con miseros mortales, ó hagan por lo menos este coque con algun aspecto de equidad, y antes bien

1 San Juan, cap. X, v. 38.

2 San Mateo, cap. XI, v. 5.

postrados á los pies de este divino Maestro adoren y exclamen con nosotros: “ningún hombre ha hablado jamás como este hombre.”

PUNTO II.

RESPUESTA DE LOS FARISEOS Á ESTE TESTIMONIO.

Lo primero. *Desechan el testimonio que dan de Jesús y lo tratan de engaño.* “Pero los fariseos les respondieron: “Habeis quedado acaso tambien engañados vosotros?...”

¿Falsa juicio de los hombres! Miran como engañados á aquellos que cedan únicamente á la evidencia de los motivos y á la luz de su conciencia y á aquellos que renuncian la impiedad y el error por seguir la verdad, que abandonan el vicio por seguir la virtud y que dejan el mundo por asegurar su salvacion; y no ven que ellos solos están engañados de la pasion, del partido, de los manejos, de los prejuicios, de los placeres, del libertinaje y de los atractivos del mundo, sin querer hacer jamás una seria reflexion sobre los caminos por donde andan y sobre el término á que ellos conducen... No, ¡oh Señor! ninguno puede ser engañado en seguros, en el esnechar la voz de vuestra Iglesia, en ceder á los remordimientos de su conciencia, en dedicarse á vuestro servicio, á vuestro amor y á la imitacion de vuestras virtudes. El que seriamente reflexiona á esto, se confirma mucho mas en su eleccion y gusta siempre mayor consolacion. ¡Ah! se debe temer la seducion cuando se sigue un partido sin reflexionar y sin una reflexion tan viva.

Lo segundo. *Los fariseos rebaten el testimonio dado á Jesús, oponiendo á él el testimonio del mundo.* “¿Hay por ventura alguno de los principales ó de los fariseos que haya creído en él?...”

¿Falsa regla de los hombres! En las cosas esenciales á la salud está siempre manifiesta la voz de Dios, y en esta materia no se nos ha dado por regla el ejemplo del gran mundo. Deslumbrense, pues, los ojos de los grandes de la vista de su esplendor, entren en su partido los que esperan participar de sus favores, celebren la impiedad y el error sus sabios, cubranse estos de su gloria, admiren la sutileza de sus invenciones y la belleza de su estilo, háganse tambien honor de sus aparentes virtudes; nada de esto puede engañar un corazón recto que busca á Dios y pone en su salud su primero y su único interés. El Evangelio, he aquí nuestra regla. La ensenanza de la Iglesia, he aquí su explicacion y nuestra seguridad.

Lo tercero. *Los fariseos desechan el testimonio que dan de Jesús despreciando á los que lo siguen.* “Pero estas gentes que no entienden la ley son malditas...”

¿Falsa estima de los hombres! Estiman estos

el nacimiento y desprecian una baja condición. "Estos centos..." Como si el pueblo no tuviese el mismo Criador, no fuese formado del mismo barro, no estuviese destinado al mismo fin como los nobles y los grandes; como si el pueblo no tuviese la razón, el recto sentir y la conciencia como los nobles y los grandes... Estiman un vano saber y desprecian la humilde ignorancia... "Estas gentes que no entienden la ley..." No, el pueblo no sabe disputar ni sutilizar sobre la ley; no sabe interpretarla según el gusto de sus inclinaciones y según su capricho; pero sabe observarla con mayor fidelidad y simplicidad... Finalmente, estiman las riquezas y desprecian la pobreza... "Pero estas gentes son malditas..." La verdad que no gozan de las bendiciones de la tierra; pero imagínase que por esto estén privados de las bendiciones del cielo, es mirar como un impedimento para estas lo que es una disposición favorable para recibirlos con mayor abundancia. Los primeros cristianos han sido mirados por mucho tiempo como un pueblo ignorante y maldito; pero por un milagro único y propio del cristianismo, este pueblo ha sujetado los sabios, estos ignorantes han desengañado los sabios, estos pobres han persuadido a los ricos el desprecio de las riquezas. La fe simple de este pueblo ignorante y maldito ha triunfado del orgullo, del fausto, del poder, de la ciencia, de la cloquencia, del crédito y de la autoridad de los grandes, de los sabios, de los ricos del siglo. Bienaventurado el que en la escuela de Jesucristo viene a ser humilde, simple y pobre; esto no basta aun; bienaventurado el que llega a hacerse niño.

PUNTO III.

REPRESENTACION A LOS ENXADORES.

"Les dijo á ellos aquel Nicodemo, que había ido de noche á Jesucristo, y era uno de ellos. Nuestra ley, por ventura, condena á un hombre antes de haberlo oído, y de haber sabido qué es lo que haga..."

Primero. *Representacion generosa.* El senador que la hizo era aquel ilustre fariseo y al mismo tiempo uno de los príncipes ó cabezas de la nación, llamado Nicodemo, que desde el primer viaje que hizo Jesucristo á Jerusalem, sobrecojido de la grandeza de sus milagros, había tenido con él un coloquio secreto de noche, y después había estado siempre inviolablemente unido á él y de su parte; de todo el cuerpo, él solo se había preservado de la corrupción y del veneno de la envidia. El solo tuvo valor de hablar en fa-

1 S. Juan, c. III.

vor del inocente y se expuso al odio de todos los culpados... ¡Oh cuanto cuesta á la naturaleza una tal generosidad; cuán rara es y cuantos pretextos se encuentran para dispensarse de ella!

Segundo. *Representacion fuerte.* Había Nicodemo oído los fariseos, sus colegas que pronunciaban la gran palabra de la ley con su fausto ordinario, hablar de Jesús como de un engañador, insultar aquellos que creían en él, y tratarlos de malditos y de prevaricadores de la ley, mientras que veía á ellos mismos quebrantar la ley de Dios en un punto esencial que dicta á todo hombre la sola equidad natural... La bondad que formaba su carácter, no le permitió estar en silencio. Presentó la ley misma á los que la quebrantaban, acusando á los otros de ignorarla... ¿Cuántas ocasiones no tendríamos cada día de ejercitar el mismo celo, si tuviésemos para con Jesucristo y sus discípulos el mismo amor que este grande de Jerusalén!

Tercero. *Representacion modesta.* Nicodemo no mezcló en su discurso ni invectivas ni reprensiones. En él no mostró alguna animosidad ni aspereza; llamó solamente los judíos á un punto fundamental de la ley y á los primeros sentimientos de la equidad natural. Todo el mundo confiesa la equidad de esta ley; pero si los jueces la observan en los tribunales, donde se trata de juzgar los hombres, cuántos particulares la quebrantan en los juicios que hacen, no solo sin autoridad, pero aun sin conocimiento de causa? ¡Ah! no nos alejemos, pues, jamás de la ley y de la equidad, y ofreciéndonos la ocasión, procuremos también traer los otros á ella.

PUNTO IV.

RESPUESTA DE LOS FARISEOS Á ESTA REPRESENTACION.

Primero. *Roupees en injurias.* "Le respondieron y dijeron: ¿eres tú también por ventura galileo?"

¡Qué respuesta para hombres de tal carácter! Basta citar y alegar la ley de la equidad en favor de los inocentes oprimidos, ser mirados como para vendidos á su partido, opeñados en sus intereses y para tirarse sobre sí los nombres más odiosos. ¡Luego vuestro nombre, ¡oh Jesús! ha venido á ser una injuria y un oprobio! El nombre de aquel afortunado país, que desde el principio de vuestra predicación ha visto la grande luz, según la expresión del profeta, está empleado por estos ciegos doctos, como un nombre de invectiva y de insulto; pero insulto glorioso para aquel que lo recibe por defender vuestra gloria y vuestros intereses.

1 Isai, c. IX, v. 2.

MEDITACION CLXXVI.

JUICIO DE LA MUJER ADULTERA; EL PRIMER DIA DESPUES DE LA OCTAVA DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

San Juan, c. VIII, v. 1, 11.

Primero, este negocio suministra muchas dificultades; segundo, los escribas y los fariseos quedan confundidos; tercero, la mujer adúltera queda absuelta y se va libre.

PUNTO I.

DIFICULTADES DE ESTE NEGOCIO.

"Y Jesús se fué al monte de las Olivas, y bien temprano por la mañana volvió nuevamente al templo, y todo el pueblo fué á él, y estando sentada enseñaba. Y los escribas y los fariseos conduxeron á él a una mujer cogida en adulterio, y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido ahora mismo cogida que cometía adulterio. Ahora Moisés en la ley nos mandó apedrear á estas tales; ¿pero tú qué dices? Y esto lo decían ellos para tentarlo y para tener de qué acusarlo..."

Simplicísimo parece en sí mismo este negocio de la mujer adúltera y la sentencia que Jesucristo dió; pero si consideramos atentamente todas las circunstancias, se verá que jamás se denunció á tribunal alguna causa más intrincada y que ninguna decisión ha presentado jamás con mas claridad las señales de un Dios salvador, ni podía ser mas digna de aquel que es mayor que Salomon.

Lo primero. *Este negocio era difícil por los designios llenos de malicia que habían formado los escribas y los fariseos.* Dos veces habían querido arrestar al Salvador, y lejos de haber la ejecución, habían tenido el disgusto de ver los ministros de su furor declararse en su favor, y uno de sus mismos compañeros tomar animosamente su defensa. Creyeron, pues, que antes de emprender otra cosa semejante, convenia desacreditar la doctrina de Jesucristo y excitar contra él la indignación del pueblo. Y con esta intención delegaron á él el juicio de la mujer adúltera. Si Jesús recusaba el juzgarla, caía en el desprecio. Si la juzgaba, ó la condenaría y perdería el afecto del pueblo, ó la absolviera y se declararía enemigo de la ley. Este proyecto les parecía á ellos indefectible, y por otra parte, era la ocasión más favorable que pudieran desear. Jesús, que había pasado la noche en un retiro del monte de las Olivas, había venido al templo al romper el día. Luego se halló cercado de la multitud del

Segundo. *Los fariseos por quedar triunfantes de Nicodemo, sin responder á su juiciosa reflexión, proponen otra cuestion.* "Escudriña las Escrituras (añadieron), y verás que de la Galilea no se levantó jamás profeta..."

¡Qué altanería, qué desprecio, qué orgullo! Pero bajo unas palabras tan pomposas, ¡qué debilidad de razonamiento! He aquí aun ahora la famosa dificultad de la Galilea. ¿Pero sea ó no sea este hombre de la Galilea, acaso esto impide que se observen con él las reglas de la equidad? Si se quiere seriamente examinar esta dificultad, no se trata ya de profundizar las Escrituras, se trata solamente de verificar un hecho genealógico y saber dónde ha nacido este hombre. ¡Oh y cuán fácilmente nos engaña la pasión y el perjurio! El impio nos llama y apela á la razón, mientras se trata solamente de examinar los hechos históricos que prueban la revelación. El hereje nos llama y cita la Escritura, mientras que se trata únicamente de aprender de la Iglesia cuál sea el sentido de la Escritura. ¡Ah! aquellos son únicamente engañados que quieren serlo.

Tercero. *Los fariseos se retirán sin querer oír cosa alguna.* Después de estas palabras llenas de orgullo y de aspereza, los fariseos se retiraron, se separó la asamblea... Y se fué cada uno á su casa... persistiendo en sus sentimientos. El senador fiel perseveró en su adhesión á la doctrina y á la persona del Salvador, y los otros perseveraron en sus preveniciones, en su odio y en el designio formado de hacer morir á Jesucristo. Consecuencia ordinaria de las disputas de religión. La verdad modesta se pone en ridículo y es desechada con desprecio por el orgulloso error. Persevera cada uno en su sentimiento, y con este sentimiento entra en la casa eterna, donde el justo juez manifestará finalmente los motivos secretos que se tuvieron para vivir nosotros y hacer vivir á los otros en un continuo engaño.

PETICION Y COLOQUIO.

Preservadme de una tal desgracia, ¡oh Dios! y del engaño que á ella guía. Para evitar un peligro tal, hazed, ¡oh Señor! que no abuse jamás del gran medio de salud que me ofrece vuestra misericordia, esto es, de vuestra divina palabra, porque ningún hombre ha hablado jamás como vos. ¡Oh Verbo de Dios hecho hombre por nosotros! ¡oh Jesús, Hijo de Dios! Dios mio, salvador mio y Maestro mio, delante de vos soy nada; adoro vuestra divina palabra, no merezco ya la gloria de morir por ella; pero concededme la gracia de vivir de ella, y que ella sola sea en todo la única regla de mi conducta. Amen.

pueblo, y habiéndose sentado, había ya empezado su instrucción. Este era el momento en que sus enemigos se tenían por seguros de triunfar de él y de perderlo irremisiblemente.

Lo segundo. Este negocio era difícil por los designios llenos de misericordia que Jesucristo quería ejercitar. Jesús, en esta ocasión tan crítica, debía sostener su autoridad, conservar el afecto del pueblo, confundir la malicia de sus enemigos, salvar la mujer adúltera y no contravenir á la ley, y todo esto lo quería hacer sin estrépito, sin publicidad y sin milagro.

Lo tercero. Este negocio era difícil por el gran número de los que en él se interesaban. Aquí se hallaban comprendidos no solo la delincente, sino también el juez, los acusadores y todos los presentes, y también nosotros y tod a los hombres de todos los siglos, á quienes nuestro divino Salvador quería dar en esta ocasión una idea de su dulzura inefable para con todos los pecadores contritos y humillados á sus pies. Recordamos, pues, todas las líneas de este gran diseño, con todo el respeto posible, con todo el amor y con todo aquel reconocimiento de que somos capaces.

PUNTO II.

Los escribas y fariseos quedan confundidos ante sus dichos. Consideremos lo primero. Su asalto. Mientras Jesús instruí a el pueblo, "los escribas y los fariseos conduxeron á él una mujer (de la nación) cogida en adulterio, y poniéndola en medio le dijeron: Maestro, esta mujer ahora mismo ha sido cogida que cometía el adulterio..." La ley ordena que las personas cogidas en semejante delito, sean apedreadas. El hecho no es dudoso; no falta otra cosa que pronunciar sobre la ley, y esto es sobre lo que queremos saber ya sentir. ¿Tú qué piensas? Era fácil conocer que no buscaban otra cosa que sorprender á Jesucristo y hacerlo decir alguna cosa de que poder hacerle un delito para desacreditarle con el pueblo. Y bien que se conociese la asechanza, no se veía cómo Jesucristo pudiese salir bien de ella. No podía decir como otras veces al que pedía justicia contra su hermano: "¿Quién me ha constituido juez entre vosotros?...". Los escribas y los fariseos, jueces legítimos de esta mujer, se enderezaron á él, y á él lo delegaron el juicio como á un maestro de Israel y á un doctor de la ley, y no se podía dispensar Jesús de pronunciar la sentencia sin perder para con el pueblo alguna cosa de su autoridad. Por otro lado sí se excusaba de tomar conocimiento en la respuesta que él le dio.

este negocio, esta mujer estaba perdida, y él ciertamente quería salvarla. "¡Oh Jesús! sabrá muy bien vuestra divina sabiduría romper el lazo que se os pone delante, confundir aquellos que lo han tendido y abandonar á vuestra misericordia este corazón penitente..." "Pero Jesús inclinándose hacia abajo escribía con el dedo en tierra..." Estaba sentado el divino Salvador, é inclinándose hacia la tierra, parece que se compase en delinear indiferentemente sobre ella distintas letras, acaso sin orden y sin continuación, como un hombre distraído del negocio que se le había propuesto en alguna otra cosa mas seria. "¿Qué cosa, pues, os ocupaba en aquel momento, oh Salvador mío? Vos veis la malicia de vuestros enemigos, la doblez de su corazón, la hipocresía de su celo y toda la corrupción de sus costumbres. ¿Ay de mí! ¿qué cosa pensáis vos de mí en mil ocasiones en que busco ser estimado de los hombres? Vos calláis y me dejáis obrar; pero veis el fondo de mi corazón y cuanto me anida en él. ¡Ah! y cuánto debo volver sobre mí mismo pensando que estoy siempre en vuestra presencia y que vos veis hasta mis secretos pensamientos!"

Lo segundo. Su instancia. "Mas continuando ellos en preguntarle, se alzó..." Cuando los escribas y fariseos vieron que Jesús nada les respondía, lo creyeron torcido de su triunfo. Animados de un tan próspere principio, redoblaron sus instancias y sus gritos urgiéndole á que hablase, á que se explicase y á que pronunciase. ¡Ah falsos hipócritas! mercaderías que este hombre-Dios hablase, que descubriese la corrupción de vuestros corazones y que manifestase el horror de vuestras almas; pero no, se interesa aun su bondad por vosotros. Confundiéndoseos sabrá perdonaros y presentaros también una salida para que os cebeis fuera del mal paso en que os ha empeñado vuestra malicia. "Se alzó y les dijo: el que entre vosotros esté sin pecado, tire primero la piedra contra ella; y de nuevo se inclinó y escribía sobre la tierra..." Dicho esto, se puso Jesús de nuevo en la misma postura en que estaba primero, y continuó á formar caracteres sobre la tierra. Pero, oh cuán admirables son las palabras que dijo ahora! ¡Oh y cuán instructiva es esta sentencia! No podremos jamás meditarla como se debe. ¡Ah! si la tuviéramos presente en nuestro espíritu, si estuvieramos bien penetrados de la idea de nuestra indignidad, si tuviéramos siempre á la vista nuestras miserias, nuestros pecados y nuestra flaqueza, no reprimiéramos con tanta aspereza, no nos lamentaríamos con tanta altanería, ni perseguiríamos con tanto rigor á los culpados. Una reflexión sobre nosotros mismos calmaría nuestro corazón, produciría en él la humildad, la dulzura, la compasión y la caridad, edificaría al prójimo y se habría ganar el corazón de Dios.

Lo tercero. Su retirada. "Y ellos luego que oyeron esto, el uno después del otro se escaparon; empezando por los mas viejos; y quedó solo Jesús, y la mujer que se estaba en medio..." Las palabras divinas del Salvador fueron para los escribas y los fariseos un golpe de rayo que seguramente no esperaban, y cada uno comenzó á pensar en sí mismo. Por mas que aquellos afectasen algun desprecio contra el nuevo Maestro y se atreviesen á desacreditarlo en su ausencia, temían sin embargo sus lueces. Tuvieron miedo que si le urgían algo mas, hablase mas claro y revelase ciertos misterios que no redundarian en honor suyo. Nuestros impíos, que tanto se alaban de su bondad y rectitud, se hallarian ciertamente desconcertados en semejante caso. Los mas viejos y al parecer los mas culpados, fueron en esta ocasión los mas prudentes; toda la asamblea estaba en silencio, Jesús no atendía á lo que sucedía y parecía determinado á no explicarse. Se aprovecharon de la coyuntura, y como si hubiese sido cosa inútil el estarse allí mas largo tiempo, tomaron el partido de retirarse quietamente. Lo que hicieron los primeros, lo imitaron los otros, y todos abandonaron el puesto, dejando á Jesús solo, y á la mujer culpada en medio de la asamblea. El pueblo debió quedar bien sorprendido de una tan repentina, tan silenciosa y tan general retirada. La mujer debió sentir una grande consolación al verse libre y con su causa remitida enteramente á la decisión de Jesús. ¿Cuáles fueron entre tanto los sentimientos de los fariseos? Se retiraron cada uno á su casa con la confusión en el rostro y con la rabia en el corazón, y mas determinados que antes á hacer perecer á aquel de quien acababan de recibir tan enorme ofensa. "Ay de mí! ¡oh Dios mío! ¿si una sola de vuestras palabras, dicha con tanta bondad, yola de espanto vuestros enemigos, aun cuando les perdonais la vista de vuestro rostro y la severidad de vuestros ojos airados, será cuando vendreis en vuestra gloria á manifestar su conciencia y á pronunciar la última sentencia de su reprobación; ¿dónde huiré yo entonces? ¿qué desierto podrá esconder mi vergüenza y librarme del castigo? Antes de comparecer en aquel terrible tribunal, veisme aquí, ¡oh Señor! á vuestros pies, con la mujer adúltera, confesándome mis pecados y esperando con ella la sentencia de vuestra misericordia."

PUNTO III.

LA MUJER ADÚLTERA QUEDA ABSUELTA. Lo primero. Jesús le pregunta. La mujer adúltera, libre de sus acusadores, concibió sin duda una dulce esperanza de evitar el suplicio; pero puesta en presencia del Santo de los santos y en

medio de un pueblo innumerable que tenía los ojos fijos en ella, ¿podría evitar una confusión humillante, tan terrible acaso como la muerte? No tomás, pues, ¡oh pecadora penitente! tu Salvador te librará de la muerte y de la vergüenza que padeces. "Y Jesús alzándose..." no viendo ya al rededor de esta mujer ni escribas ni fariseos, "le dijo: mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado? Y ella dijo: ninguno, ¡oh Señor!..." Esta es la sola palabra que pudo decir sin avergonzarse. No solo pudo dar esta respuesta sin confusión, sino también con el mas sensible consuelo. ¡Oh mujer pecadora, cuán bueno es aquel que con su pregunta te ha puesto en la boca esta consolante respuesta; qué tierno es y qué amable; tiene motivos para merecerse toda la ternura de nuestros corazones y todo nuestro afecto. ¡Oh divino Jesús! ¿no aprenderé yo jamás á conoceros? ¿os miraré siempre con espanto y no hará jamás vuestra inefable dulzura impresion alguna en mi alma?"

Segundo. Jesús absuelve. "Y Jesús le dijo: ni yo tampoco te condenaré..." ¡Ah! Dios mío, esto es lo que el corazón me decía que esperase: vos condenar una alma pecadora, pero humilde y contrita; vos, que habeis venido á llamar los pecadores y á dar por ellos vuestra sangre, vos los condenaréis? ¡Ah! lejos de nosotros semejantes temores. ¡Y á mí, ¡oh Señor! me perdonaréis? Estoy, es verdad, cargado de innumerables pecados; pero finalmente vengo á vos. No vengo arrastrado contra mi voluntad, de violentos acusadores; vengo solicitado del arrepentimiento de mis pecados y del pesar y dolor de haberos ofendido. Vuestros ministros, á quienes ya los he manifestado, no solo no me han condenado, sino que en vuestro nombre me han absuelto. ¡Y vos querreis, querreis vos condenarme? No será así, todo lo espero de vuestra misericordia. Esta esperanza será toda mi consolación, y no será eternamente confundida."

Tercero. Jesús la despidió. "Vete, y no peques ya mas..." Proveía con esto el Salvador á su seguridad y la animaba á la fidelidad. Después de haber sido enviada así, podía con toda seguridad retirarse: había comparecido delante de los jueces y la habían enviado sin condenarla; no podía ya haber otra revisión de esta causa. Por otra parte, no era conveniente á los escribas y á los fariseos renovar la causa; habían antes bien deseado poder borrar para siempre su memoria. Ya no se podía acusar á Jesucristo de haber mitigado el rigor de la ley y de haber usado demasiada indulgencia, pues no habían hecho otra cosa que lo que habían hecho los mismos fariseos. Había tenido él la precaución de hacer declarar á la misma mujer que ninguno la había condenado. A su ejemplo, ni tampoco él la condenará. De este modo, con este célebre juicio en que resalta la sabiduría de Jesús, su santidad, su econo-

cimiento de los arcanos del corazón, su dulzura y su misericordia, evita el lazo que le habían tendido, conserva su dignidad, desconociendo sus enemigos, sostiene la ley, salva la mujer culpada y se concilia siempre mas la admiración, el respeto y el amor del pueblo...

Retirada la mujer, se deshizo la asamblea; pero esta humilde penitente, después de tan gran peligro y después de una tan grande misericordia, no se olvidó de cierto del último aviso de su divino libertador: No pegues mas...

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah Señor! ni yo tampoco me olvidaré de este saludable aviso. Me guardaré del pecado de recaída, oyes efectos son terribles, ó antes bien será vuestra gracia misma, que aquí con vivas instancias solicito, la que me comunicará al mismo tiempo el don de la penitencia y el don del perdón, y finalmente, el don de la perseverancia final. Amen.

MEDITACION CLXXVII.

DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL SEGUNDO DIA DESPUES DE LA OCTAVA DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c. VIII, v. 12, 20.

Primero, Jesús instruye al pueblo; segundo, los fariseos le ponen una objecion, y Jesús la rebate; tercero, le hacen una pregunta, y Jesús les responde.

PUNTO I.

INSTRUCCION DE JESÚS AL PUEBLO.

“Y otra vez después les habló Jesús...” Probablemente tuvo este discurso el segundo día después de la octava de la fiesta de los Tabernáculos. Esta vez los fariseos se habían unido con la multitud para oírlo, ó antes bien para sorprenderlo en sus palabras. Desde las primeras que pronunció, jugaron á propósito el interrumpirlo, con pretexto de pedirle las necesarias declaraciones. “Yo soy (les decía) la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino tendrá la luz de la vida...” Examinemos seriamente y con toda la posible atención estas tres palabras, no como está el libro sagrado. Primera palabra de Jesús. “Yo soy la luz del mundo...” Primero. Es la luz increada por su divina generacion: Jesús en el seno de Dios es la luz eter-

na y esencial; el Hijo eterno de Dios Padre, el esplendor de su gloria, y la imagen de su sustancia... Os adoro, oh luz divina! luz inaccesible ó incomprendible, os adoro con el Padre de quien sois engendrada, y con el Espíritu Santo, que procede de vos y del Padre. Santa Trinidad, Dios solo, y único en tres personas, os adoro y someto á vos todas mis débiles luces, que no son otra cosa delante de vos, que espesas tinieblas. ¿Cuándo os verá, oh luz divina! cuándo será transformado en vos?

Segundo. Jesús es la luz encarnada por su nacimiento temporal, por sus misterios y por su Evangelio. A los rayos de esta divina luz han huído los espíritus de las tinieblas, han emudecido los ídolos y han quedado sin adoradores; el hombre finalmente ha reconocido el Autor de su ser, el homenaje que lo debía, el culto con que debía honrarlo y los bienes eternos que debía esperar. Os doy las gracias, oh luz invisible! por haberos manifestado á nosotros haciéndonos sensible y visible á nuestros ojos. Contemplo con el corazón penetrado de reconocimiento, aquel divino esplendor que esparsió sobre la tierra después de haberla librado de las espesas tinieblas de que estaba cubierta. ¿Es posible que haya aun hombres, ó tan ciegos para no ver una luz tan viva y tan brillante, ó tan furiosos que se obstinan en cerrar los ojos á los puros rayos de una luz tan dulce y tan benéfica?

Tercero. Jesús es la luz infusa que el nos comunica por medio de su gracia. Cuando Jesús espere en nuestros corazones esta divina luz, los ilumina, los purifica, los calienta, les hace gozar de un día puro y sereno y les procura una calma y una paz inefable. ¡Ah! ¡venid á mi corazón, luz sagrada! Al resplandor que vos causais en él, resaltan de júbilo y de alegría mi alma y todas sus potencias, al desaparecer, aunque por poco exigo en las tinieblas, en el tedio y en la tristeza. ¡Oh Jesús! ¡oh luz mía! ¡oh bien de mi alma; ¡oh amor de mi corazón! ¡Ah! ¡venid y no os separais jamás de mí!

Segunda palabra de Jesús. “El que me sigue no camina en tinieblas...” ¿Quién es el que camina en las tinieblas?

Primero. Y el que, en vez de seguir á Jesús sigue solamente su propia razon; porque esta razon nada le dice de preciso sobre su origen, sobre su futuro destino, y sobre todos estos puntos importantes se queda en las tinieblas.

Segundo. El que en vez de seguir á Jesucristo y de escuchar su Iglesia, quiere seguir solamente su propio espíritu para entender el sentido de la revelacion; porque este espíritu particular nada le dice de seguro, nada que lleve el sello de la divina infalibilidad, y de este modo, aun cuando recibe la letra y el texto de la Escritura, queda en la incertidumbre y en las tinieblas. De aquí pro-

1. Ad Heb., c. I, v. 13.

cede entre los herejes, como tambien entre los filósofos, aquella diversidad y oposicion de sentimientos, que hace ver que no siguiendo á Jesucristo, caminan en las tinieblas y sin saber dónde estén ni á dónde vayan.

Tercero. El que en vez de seguir á Jesucristo, de imitar sus virtudes y practicar su ley, quiere seguir su inclinacion y satisfacer sus pasiones. Sus obras son tenebrosas, les esconde á los hombres; querrán poderlas esconder tambien á Dios, y asimismo su corazón se endurece, se oscurece su fe, y en las tinieblas en que camina está agitado de temores; teme ser sorprendido de sus enemigos y caer cuando menos lo piense en el abismo abierto debajo de sus pies; abismo que él no ve y de que se le olvida estar muy lejos. ¡Ah! no es así de aquellos que siguen á Jesucristo, y que sumisos á su palabra, dóctiles á su Iglesia y fieles á su ley, se aplican á agradarle, imitan sus ejemplos y no lo abandonan en el tiempo de la tentacion, en los sufrimientos y hasta sobre el mismo Calvario. Estos caminan en la luz, esta luz ilumina en todos sus pasos, los asiste y los asegura en todas sus operaciones, y hasta en la noche del último pasaje les mostrará el camino resplandeciente que conduce á la eterna felicidad.

Tercera palabra de Jesús. “Si no tendrá la vida eterna...” ¿Qué cosa es esta luz de vida? Es la luz de la vida espiritual que conduce á la vida eterna... Se distinguen tres grados de ella: el primero nos constituye en la gracia santificante; en el estado de gracia, echas fuera todo pecado mortal de nuestras operaciones, de nuestra alma y de nuestra vida, y nos hace merecedores de participar de la luz de la vida eterna: esto es lo que se llama vida purgativa. El segundo nos establece en el fervor, nos hace trabajar para evitar todo pecado venial y toda imperfeccion voluntaria y deliberada. Entónces la luz no solo nos descubre lo que puede ofender á Dios, sino lo que puede agradarle, lo que puede hacernos mas agradables á sus ojos, lo que exige de nosotros por reconocimiento á todo lo que él ha hecho por nosotros y á todo lo que nos promete: esto es lo que se llama vida iluminativa. El tercero nos une á Dios en una manera especial é íntima. En este grado la luz es tan viva y tan abundante, que no se ve otra cosa que Dios, sus infinitas perfecciones y su suma amabilidad; no se ve otra cosa en las criaturas, en nosotros mismos, y en todo lo que mira á la vida presente; que nada, bajeza, indignidad y objetos de aversion y de desprecio de que el alma se siente rebatida con una especie de horror para conservarse fuertemente unida á Dios y á todo aquello que él ama y puede agradarle; esto es lo que se llama vida unificativa. ¡Feliz el que camina al esplendor de esta luz divina siguiendo fielmente á Jesucristo! ¡Ah! si fuésemos fieles en seguir la luz que tenemos! Este creería de grados en grados y llegaría hasta aquel día resplandeciente que es el preludio de

la luz celestial de que gozarán los bienaventurados en la vida eterna de la gloria.

PUNTO II.

OBJECION DE LOS FARISEOS Y RESPUESTA DE JESÚS.

Los fariseos que habían venido á oír á Jesús para contradecirle, no dejaron de interrumpirlo desde el principio de su discurso... “Y le dijeron los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no es verdadero, (no es legitimo, no es admisible...)”

Primero. Jesús respondió á esta objecion, exceptuándose de la regla general. “Respondió Jesús y les dijo: aunque yo doy testimonio de mi mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé donde vine, y á dónde voy...” La luz que nos hace ver todos los objetos, se deja ver por sí misma. El Verbo de Dios se había hecho hombre; de él solo podíamos aprender este gran misterio. Jesús había comparecido sobre la tierra con una tal fama de santidad, había anunciado una doctrina tan celestial, había ejercitado una potencia tan absoluta, que no faltaba ya otra cosa sino saber de él mismo quién era: su testimonio en estas circunstancias, era superior á todo otro testimonio, y la verdad de Dios mismo. Se requería una seguridad semejante á la de los fariseos, para no quedar sorprendidos del esplendor de aquella viva luz y para no reconocer la autoridad de este testimonio.

Segundo. Jesús responde á esta objecion descubriendo el origen de su error. “Vosotros juzgais segun la carne; yo no juzgo á ninguno...” Se pierde la fe queriendo juzgar de los misterios de Dios segun las luces de la razon natural; se destruye la caridad juzgando de las personas segun la pasion y los efectos del propio corazón, y esto era el doble delito de los fariseos en orden á Jesucristo. Este divino Salvador no ha juzgado sobre la tierra, no ha condenado á ninguno. Ha excusado los pecadores, los ha llamado, los ha reconciliado á la gracia; ha amenazado á los indóciles y los ha aterrado con el pensamiento del juicio y de los suplicios de la otra vida; pero en esta ha sufrido sus insultos, se ha sujetado á sus sentencias, ha padecido los tormentos y la muerte á que lo han condenado. ¿Cómo, pues, nosotros, discipulos de Jesucristo, tenemos el atrevimiento de juzgar á nuestro prójimo? ¿cómo no nos avergonzamos de tener una conducta del todo opuesta á la de que Jesús, nuestro modelo, nos ha dado ejemplo?

Tercero. Jesús responde á esta objecion, haciendo reflexionar que su testimonio no es solo y que es admisible, segun los términos de la ley. “Yo

no juzgo á ninguno, y aun cuando yo juzgase, mi juicio es seguro, porque yo no soy solo, sino yo y el Padre que me envió; y en vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos personas es idóneo. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y de testimonio de mí el Padre que me envió...." Jesús se aprovechaba en todas las ocasiones de la malicia misma de sus enemigos y de sus objeciones, para instruirnos siempre mas. (Cuántos misterios se encierran en estas palabras! Jesús es Hijo de Dios, Dios es su Padre, su Padre lo ha enviado á los hombres sobre la tierra para instruirlos y salvarlos; pero de tal suerte es Jesús Hijo de Dios, y de tal suerte es enviado de Dios, que no se ha separado de su Padre; que su Padre está en él, y que él está en su Padre; que los juicios que profiere, la doctrina que anuncia, las obras que hace, son juicios, doctrina y obras de su Padre. Aquellas obras milagrosas que interrumpen y cambian el curso de la naturaleza, son el testimonio que le da su Padre. El que las hace diciendo quién es él, es necesariamente todo aquello que dice que es. La impiedad no puede oponer á este testimonio otra cosa que su ceguera, que sus pasiones, que su dureza; pero este testimonio será siempre el fundamento incoercible de la fe de los cristianos, su seguridad y su dulce consolación.

PUNTO III.

PREGUNTA DE LOS FARISEOS Y RESPUESTA DE JESÚS.

Primero. *De la malicia de los fariseos manifestada en la pregunta que hacen.* Pero le decían: ¿Dónde está tu padre?... Era bien fácil de comprender que Jesucristo hablando como hablaba de su Padre, no hablaba ya de un hombre, sino de Dios. Bien lo comprendían los fariseos; pero fuera de que nada de esto creían, habrían querido que Jesucristo se hubiese explicado con mas claridad delante del pueblo para acusarlo de blasfemo, como que se decía Dios é igual á Dios. El pueblo, que no estaba acostumbrado á este lenguaje, se habría escandalizado extremadamente, habría olvidado luego las pruebas sobre que estaba apoyado, y fácilmente se habría dejado llevar á algún exceso que hubiese favorecido los designios de los fariseos contra Jesús.... ¡Ah! Somos bien dignos de compasión cuando preguntamos solo por sorprender, cuando leemos la Escritura únicamente para encontrar que censurar, y cuando escuchamos la palabra de Dios solamente para criticarla.

Segundo. *De la ceguera de los fariseos manifestada en la respuesta de Jesucristo.* "Respondió Jesús: no me conocéis á mí ni á mi Padre; así me conocierais á mí, conoceríais también á mi

Padre...." Esta respuesta que desconcertaba los designios de los fariseos, les daba en cara al mismo tiempo con su ceguera voluntaria. Se obstinaban estos en no reconocer á Jesucristo por el Mesías, no obstante todas las pruebas que les daba; tampoco cuidaban, pero verando en esta obstinación, de reconocer que Dios era su Padre. Cuando hemos abusado de las primeras gracias y hemos resistido á las luces que se nos han comunicado, no merecemos recibir otras, somos justamente privados de aquellas que nos estaban destinadas, y siempre nos cegamos mas y nos endurecemos.—Solo por Jesucristo tenemos un verdadero conocimiento de Dios, de su bondad para con nosotros, de su amor infinito y de su justicia. Estudiemos en Jesucristo su doctrina, su vida y sus misterios, y cada día crezcamos en el conocimiento, en el temor y en el amor de Dios.

Tercero. *Del furor impotente de los fariseos que se descubre en la separación de la asamblea.* "Tales palabras dijo Jesús en el Gázilacio, enseñando en el templo; y ninguno lo arrestó, porque no había llegado aun su hora...." Después de haber dado Jesús esta respuesta á los fariseos, se despidió de la asamblea, que inmediatamente se separó sin estrépito. Salió él mismo, después que ellos, de la sala del tesoro, situada en el atrio exterior del templo, y muy adaptada por su grandeza y amplitud para un tumulto popular. Pero lo dejaron salir libremente, porque no había llegado aun su hora; y esto quiero por la tercera vez notar el sagrado historiador, porque esta reflexión le pareció muy importante para la gloria de su Maestro, y sin duda también para asegurarnos á nosotros contra nuestros enemigos y contra los enemigos de Dios, los cuales nada pueden contra nosotros, sino cuanto y en el tiempo que él se lo permite.... ¡Cuántas personas en las asambleas habrían querido arrestar á Jesús! Pero este hombre-Dios porque no había llegado aun su hora, contenía las pasiones de sus enemigos en una suspensión que se puede contar en el número de los mayores milagros; se habría podido decir que con un poder invisible los tenía encadenados.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! Señor, los designios y los proyectos de los hombres contra mí, no me impedirán el continuar la obra de mi salvación que vos habéis comenzado en mí y que me habéis encomendado. Vuestros son mis enemigos, y para hacerme mal solo tendrán este tiempo y aquel poder que vos queréis concederles; y si al fin os agradase abandonar-me á su violencia, estoy cierto que no sabreis entonces olvidaros de vuestra bondad y de mi flaqueza. Este tiempo de prueba es la hora del juicio; y por otra parte, ¿qué cosa es este tiempo? ¡Ah! El es breve en comparación del tiempo de la recompensa que vos me prometéis. Amen.

MEDITACION CLXXVIII.

DE LA MUERTE EN EL PECADO.

DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL TEMPLO EL SABADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c. VIII. v. 21, 29.

Consideremos primero para quien es temible la muerte en el pecado. Segundo. Lo que debemos hacer, para evitar la muerte en el pecado. Tercero. En quién debemos poner nuestra confianza, para hacer una buena muerte.

PUNTO I.

PARA QUIÉN SEA TEMIBLE LA MUERTE EN EL PECADO.

Volvió Jesús al templo, para enseñar en él, el tercer día después de la fiesta de los Tabernáculos, y como se ve por lo que se sigue, era el día de sábado. Por eso su discurso fué mas largo, y mas numerosa y mas ruidosa la asamblea. No se atrevieron en aquel día los fariseos á manifestarse personalmente delante de todo el pueblo; pero en su lugar enviaron sus emisarios, que pensaron llevar las cosas á los últimos excesos. En este discurso no anduvo Jesucristo en contemplaciones, ni tomó medida alguna por respecto á los judíos: empleó las expresiones mas fuertes y las mas vivas reprehensiones para vencer la dureza de sus corazones, y empezó amonestándoles con la suerte funesta de morir en su pecado, repitiéndoselo por tres veces, desde el principio de su instruccion. Esta amenaza tan reiterada, tanto para ellos como para nosotros, nos debe llenar de un temor saludable, que nos haga evitar una tan funesta desgracia.... "Otra vez les dijo Jesús: yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. ¿Dónde voy yo, no podéis venir vosotros? Y decían los judíos: ¿por ventura se matará á sí mismo, pues ha dicho: A donde voy yo, no podéis vosotros venir?... " Ya hemos explicado lo que aqui repite el Salvador; solo nos queda que meditar lo que añade de la muerte en el pecado.

Lo primero. *Consideremos cuán temible sea esta muerte en el pecado para aquellos que dilatan la conversión hasta la muerte.* Muchos han sido sorprendidos de una muerte repentina, que no les dejó tiempo alguno para reconocerse, ó se engañaron con el progreso de una enfermedad que desde el principio pareció ligera, y que esperó á

declararse mortal, cuando ya no dejó alguna capacidad de libertad. Muchos en la muerte se hallan sobrecogidos de un endurecimiento tal, que resiste á cuanto se les puede decir de mas afectuoso. Muchos son engañados de algunos buenos principios precipitados, ó insuficientes efectos de su temor, y de promesas de enmienda, arrancadas como por fuerza por el deseo de la vida, pero que las desmiente el corazón. ¡Ah! ello es cosa bien rara que la muerte sea un tiempo para buscar á Dios, y principalmente después de haber luido de él por largo tiempo, cuando él mismo nos buscaba.

Lo segundo. *Cuán temible sea esta muerte en el pecado, para aquellos que viven una vida mundana.* No comprendieron los judíos la amenaza que Jesucristo les hacia, y él mismo les descubrió la razon, añadiendo: "vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo...." Nosotros tenemos un nacimiento y una vida terrena, según la carne, por la cual somos de este mundo; pero tenemos tambien una celestial según el espíritu, que recibimos en el bautismo y por la cual hemos renunciado á la carne y al mundo. Si vivimos según esta, somos miembros de Jesucristo é iremos donde él vaya. Los miembros seguirán la cabeza. Pero si vivimos según la primera, según el mundo, si vivimos en el pecado, en el hábito del pecado, ¿qué debemos esperar sino morir en nuestro pecado? Examinemos ahora si somos de este mundo con los pecadores, ó de Jesucristo con sus santos. Observemos si en los pensamientos de nuestro espíritu, en las máximas de nuestra conducta, en los afectos de nuestro corazón, en el proceder de nuestro cuerpo, en las acciones de nuestra vida, en las ideas que tenemos de las cosas, en el juicio que de ellas hacemos, y finalmente en los hábitos contraídos seguimos al mundo ó á Jesucristo. ¿Somos ó no somos nosotros de este mundo? Si lo somos; ¡ah! temamos la muerte en nuestro pecado, y para evitarla, cesemos de ser del mundo para ser de Jesucristo.

Lo tercero. *Cuánto sea de temer esta muerte en el pecado para aquellos á quienes falta la fe.* "Os dije por tanto que moriréis en vuestros pecados; porque si no creyereis que yo soy, moriréis en vuestro pecado...." Si no creéis que yo soy el Mesías; el enviado de Dios, el Hijo de Dios, el Señor de los hombres, su mediador, su Redentor y su Juez soberano; si no creéis que soy yo el que os he enviado mis apóstoles, que he fundado mi Iglesia, que enséño y decido por medio de ella y que estoy con ella hasta la consumación de los siglos, vosotros moriréis en vuestro pecado, porque solo por esta fe y en esta Iglesia, por su ministerio y por sus sacramentos, podéis recibir la remisión. ¡Oh cuánto importa en materia de fe no empeñarse en partidos de los cuales difícilmente se puede salir! Tengá-

mones, pues, estrechamente unidos al tronco del árbol, a la fe de la Iglesia católica, apostólica y romana, y el funesto ejemplo de los que la han abandonada, nos haga atentos á no separarnos de ella en nada. No basta, no, llevar el nombre de cristianos, de carlícos, si con este solo tenemos una fe débil, languida, vacilante y sin alma: una tal fe no se hace victoriosa de nuestras pasiones, de nuestras tentaciones y de nuestros hábitos, y no nos impedirá el morir en nuestro pecado.

PUNTO II.

LO QUE DEBEMOS HACER PARA EVITAR LA MUERTE EN NUESTRO PECADO.

Lo primero. *Conocer á Jesucristo.* "Y te decían: ¿quién eres tú?...?" Preguntemos nosotros como estos; pero no como ellos, no por incredulidad, por desprecio, por insulto y por acensarlo, sino con un profundo respeto y con deseo sincero de instruirnos. Llenos de estos sentimientos, escuchemos la respuesta del divino Salvador y meditámosla... A esta pregunta... "¿Quién eres tú? Jesús les dijo: el principio y el que hablo á vosotros..." Esta respuesta breve y misteriosa es susceptible de muchas explicaciones, todas las cuales pueden servir para nuestra edificación. Esto es en primer lugar: Yo soy el principio de todas las cosas, aquel por quien se ha hecho; el que me he dignado de bajar sobre la tierra, que me quiero mostrar á vosotros, habla os é instruíros... Adoremos esta suprema majestad y demosle gracias por su infinita bondad... Esto es en segundo lugar: Yo soy lo que os he dicho: que soy desde el principio; lo que no he cesado de ser desde que empecé á comparecer entre vosotros y á predicaros; esto es, el enviado del Padre, la vida y la salvación, la consuelo y la luz del mundo; el que no viene del mundo y de la tierra, sino de lo alto del cielo. Esto es lo que soy yo. Ya os lo he dicho desde el principio, os lo he probado con mil obras; vosotros os obstináis en no creerme, y me preguntáis ahora: ¿quién soy? ¡Ah! yo creo, ¡oh Salvador mio! creo todo lo que sois, todo lo que habeis dicho; solamente os pido que os dignéis de imprimirlo en mi corazón y en mi espíritu para que jamás me olvide... Esto es en tercer lugar: Yo soy aquel que os habló desde el principio, el que mucho tiempo ha os instruído, os exhorto, os sollicito y á quien siempre resistís. ¡Ay de mí y cuán bien nos conviene á nosotros esta represión! ¿Cuánto tiempo ha que Jesucristo nos habla, nos amonesta, nos conviende y nos sollicita de mil maneras para que nos demos enteramente á él? Reconocámos, pues, hoy su

voz y hagámonos dóciles á ella si queremos evitar la muerte en el pecado y morir la muerte de los justos.

Lo segundo. *Conocerlos y juzgarnos á nosotros mismos.* "Muchas cosas tengo que decir de vosotros y que condenar..." Como si hubiese dicho: vosotros me preguntáis sobre lo que yo soy; ya os lo he dicho substancialmente; pero yo tendria muchas cosas que decir sobre lo que vosotros sois, y encontraría en vosotros muchas cosas que condenar: juzgámonos, pues, á nosotros mismos y condémonos mientras vivimos, si no queremos ser juzgados y condenados en la muerte. ¡Ah! ¿cuántas cosas dignas de condenación ve el Señor en nosotros? ¿cuántas desde que tenemos uso de razon? ¿cuántas en cada edad, en cada año, en cada empleo? ¿cuántas en nuestros pensamientos, en nuestras acciones, en nuestros afectos, en nuestras intenciones y aun en nuestras buenas obras y en nuestras devociones? ¡Ah! ¡Dios mio! ¿quién soy yo á vuestras ojos: si los hombres me conociesen tal cual soy, y que vos me conocéis, ¿qué sería de mí? Desto, ¡Dios mio! todos mis pecados, todos mis desórdenes, todas mis abominaciones: las lloro amargamente, es pido perdón, y con el socorro de vuestra gracia quiero comenzar una vida mas digna de vos.

Lo tercero. *Conformar nuestra vida á la ley del Evangelio.* "Pero el que me envió es verdadero y yo lo que oí de él, esto hablo en el mundo..." La ley evangelica es la verdad de Dios mismo. Verdad que subsistirá eternamente, y sobre la cual todos los hombres serán juzgados á proporcion de sus luces... La ley del mundo no es otra cosa que mentira; viene solo de las pasiones, y para cada uno de nosotros acabará con nuestra vida. ¡Ay en aquel último momento de quien habrá preferido esta falsa ley á la ley de Dios! Feliz de aquel que habrá despreciado la mentira por unirse á la verdad: ella lo salvará en aquel terrible momento y lo coronará de una gloria eterna.

PUNTO III.

EN QUIÉN DEBEMOS PONER NUESTRA CONFIANZA PARA HACER UNA SANTA MUERTE.

Primero. *En Jesús crucificado.* La Cruz de Jesucristo es la prueba de nuestra fe... En las palabras dichas de Jesucristo no entendierón los judios que su Padre debía ser Dios; pero muchos menos debieron comprender lo que estudió el misterio de la cruz, cuando les dijo: "Cuando habeis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago de mí mismo, sino que hablo segun lo que el Padre me ha enseñado..." Esto es, cuando me habeis conde-

nado como un malhechor y un blasfemo, cuando me habeis hecho sufrir el último suplicio y me habeis visto espirar sobre una cruz, entonces conoceréis que yo soy el Mesías, el nuevo Adán, el Salvador de los hombres, el Hijo de Dios, que yo mismo soy Dios, igual á mi Padre, y el mismo Dios con él, que todas mis acciones y palabras divinas, que nada hago por mí mismo sin estar unido y sin obrar con mi Padre, y que nada enseñé sino lo que he aprendido de mi Padre... No dijo jamás el Salvador cosa tan sublime, tan incomprendible, tan elevada sobre la razon como lo que aqui dice, y ciertamente nosotros vemos su cumplimiento á nuestros ojos. Solo después que espiró en su patibulo se creyó en él, en sus misterios y en su doctrina. ¿Quién, pues, ha dado á la cruz una virtud tan admirable y sorprendente? Esta no puede ser obra de los hombres. ¡Un hombre-Dios y que no se cree Dios sino después de haber sido crucificado! No; hasta allí no llega el poder de los hombres, ni aun les habria jamás pasado por el pensamiento semejante cosa. Conviene, pues, decir que las pruebas que han acompañado este misterio han sido bien evidentes, y que la gracia que ha obrado sobre los corazones haya sido bastante poderosa para obtener del mundo entero una fe tan incomprendible... Jesús crucificado y adorado, he aqui mi fe y al mismo tiempo la justificación y la prueba de mi fe. Prueba que supone todas las otras y que es su perfeccion y su compendio. ¡Oh cruz adorable! me basta el veros para quedar persuadido y convencido de mi fe.

Segundo. *La cruz de Jesucristo es el alivio de nuestras penas.* "Y el que me envía está conmigo y no me ha dejado solo..." No, ¡oh Señor! el que os ha enviado no os ha dejado solo ni aun en vuestra cruz. Ha querido que la plenitud de la divinidad habitase siempre en vos para reconciliarlo todo en vos y por vos, y pacificar el cielo y la tierra con vuestra sangre, y vuestra cruz es aquella sobre que se ha obrado este grande misterio de la reconciliacion general y de la pacificacion del cielo con la tierra. En ella, árbitro de la paz y mediador entre Dios y los hombres, habeis satisfecho enteramente y abundantemente á la justicia de Dios ofendido, y habeis librado, rescatado y reconciliado los hombres esclavos y pecadores. ¡Oh misterio inefable! ¡oh cruz saludable! ¿puedo yo veros sin quedar enternecido, sin quedar penetrado de reconocimiento, sin sentir nacer en mi corazón el júbilo y la esperanza? ¡Ah! que viva satisfacción pensar que cuando yo he de sufrir alguna cosa, si uno mis dolores á los de Jesús, si sé cumplir de mi parte los empeños tomados sobre la cruz y aplicarme los méritos de la pasion de mi Salvador, entonces lejos de estar solo en mis penas, estoy unido á Jesús paciente, y por él á Dios y á los bienaventurados habitantes del cielo, estoy asociado á su cruz y participo de la grande reconciliacion obrada sobre ella!

¡Qué dulzura no me hace hallar este pensamiento en mis penas! ¡qué júbilo, qué gloria, qué consolacion!

Tercero. *La cruz de Jesucristo es la recompensa de nuestra fidelidad.* "Porque hago siempre aquello que es de su agrado..." ¡Ah! ¿cómo, pues, ¡oh Señor! vos que en todo habeis buscado siempre el agrado de vuestro Padre; cómo pues, este Padre tan fielmente obedecido, os ha destinado ¡oh Hijo tan tiernamente amado! á morir sobre una cruz? ¿es acaso este el precio de vuestra obediencia y la señal de su amor? Si, el misterio de la reconciliacion que os habeis encargado de cumplir sobre la cruz, ha sido la gloriosa recompensa de vuestra fidelidad, en ejecutar las órdenes de vuestro Padre. Por esto os habeis adquirido el imperio del cielo y de la tierra, el derecho de reinar sobre los corazones, de juzgar los vivos y los muertos, de recibir las adoraciones de los ángeles y de los hombres y de formar á vuestro Padre un pueblo perfecto que reine con vos en la eternidad. ¿Quién habria comprendido jamás un tal misterio? Y después que vos fuisteis elevado en la cruz, ¿cuántos lo han comprendido! ¿cuántos han pedido á Dios no otra recompensa de sus trabajos que la gloria de morir y derramar por él su sangre!... ¡Ah! vivimos tambien nosotros santamente y comprendemos este grande misterio de la felicidad y la gloria del padecer. Entonces, ni la muerte ni los dolores que la acompañan podrán atterrarnos, y cuanto mas suframos, tanto mas agradeceremos á Dios el habernos asociado á su Hijo y habernos hecho participantes de su gloria.

PETICION Y COLOQUIO.

Señor, os suplico que me concedais que estos sentimientos puedan animar continuamente mi espíritu y mi corazón; cada dia os lo pediré como la mayor de todas las gracias. Haced que por ellos pueda yo merecer agradaros. Haced que yo padezca, que yo espire, no sobre la cruz del mundo, ni sobre la cruz de la naturaleza, sino sobre vuestra cruz, ¡oh Salvador mio! Amen.



MEDITACION CLXXIX.

DE LA FAUSA ESTIMA DE NOSOTROS MISMOS.

CONTINUACION DEL DISCURSO DEL SALVADOR EN EL TEMPLO, EL SÁBADO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

San Juan, c. VIII, v. 30, 45.

Primero. Nos creemos libres y somos esclavos; segundo, nos creemos hijos de los santos, y somos hijos de los pecadores y de los mundanos; tercero, nos creemos hijos del demonio.

PUNTO I.

NOS CREEMOS LIBRES Y SOMOS ESCLAVOS.

El primer error es de aquellos que se creen enteramente libres, porque han comenzado á salir de la esclavitud. "Diciendo él estas cosas, muchos creyeron en él. Y decía Jesús á aquellos judíos que habían creído en él, seréis verdaderamente mis discípulos si perseveráis en mi doctrina, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres..." "Aun cuando las palabras dichas por Jesucristo no pudiesen ser perfectamente comprendidas por los judíos, resplandecía en su discurso tanta sabiduría y santidad, tanta majestad y grandeza, que muchos creyeron en él; y Jesús, que conocía la buena disposición de sus corazones, les encarga aquí que perseveren constantemente en su doctrina y en la fe que tienen en él. No nos fiemos, pues, de un principio de conversión, de tal suerte, que nos miremos ya luego como libres y sueltos del yugo de nuestras pasiones. Este error ha perdido á muchos que viviendo sin precaución y sin temor, han recaido bien presto en las cadenas que habían roto con mucha dificultad... El solo medio de asegurar nuestra libertad, es perseverar en la práctica de la ley y en la meditación de las verdades de la salud, velando sobre nosotros mismos, huyendo las ocasiones y resistiendo á las tentaciones. Entónces se introducirá poco á poco la verdad en nuestro corazón, veremos las cosas con otros ojos y gustaremos las dulzuras de una sólida libertad, que fácilmente conservaremos.

El segundo error es mas material y de aquellos que se creen enteramente libres, porque lo son en lo exterior. "Le respondieron ellos; somos linaje de Abraham, y nunca servimos á ninguno; ¿Cómo, pues, dices tú, seréis libres?... " Hay algunos que conocen solamente el exterior de la libertad y de la esclavitud; se creen libres porque sus miembros de una nación libre, gobernada por sus príncipes y por sus leyes, y se creen tanto

mas libres, cuanto en el país que ellos habitan están menos sujetos por la religión y por las costumbres, y cuanto mas les es permitido en ellos el pensar, el hablar y escribir como quieren, y vivir á su gusto. Esta es aquella libertad exterior de que solo eran celosos los judíos. Descendientes de Abraham, por Isaac hijo de la promisión, no habían perdido jamás los sentimientos de independencia que este origen les aseguraba; y actualmente sujetos á los romanos, esperaban del Mesías solamente la libertad temporal. ¡Ah! cuántos entre los cristianos tienen todavía el corazón judío, no reconocen otra libertad, otra gloria, otros bienes que los de este mundo, y son insensibles á la esclavitud del alma, que es conocida á Dios solo y cuya vergüenza y miseria comparecerán solo en la otra vida.

El tercer error, mas deplorable aun es, de aquellos que se creen libres en sus mismos desórdenes. "Les respondió Jesús: en verdad, en verdad os digo, que cualquiera que hace el pecado, es siervo del pecador; ahora el siervo no está siempre en la casa, el hijo está siempre en la casa, por lo cual si el hijo os libertara, seréis verdaderamente libres..." Muchos se imaginan que encuentran una feliz libertad sacudiendo el yugo de la ley de Dios, sofocando los remordimientos de su conciencia y absteniéndose sin freno á todos los excesos y á todos los caprichos de sus pasiones. ¡Ah! ¿qué importa que gocen de la libertad? "Cualquiera que hace el pecado, es siervo del pecado..." Esclavo infeliz aun en este mundo, en el cual, aunque no quiera, siente el rigor de su esclavitud y el peso de las cadenas sin poderlas romper, y mucho mas infeliz aun en la otra vida, cuando arrojado de este mundo en que ha querido recibir la libertad, excluido del cielo, que la prisión eterna del infierno, llena de viles esclavos como él. Lo mismo á proporción decimos de aquellos que se creen libres en la disposición y en la indiferencia por las culpas ligeras. Cuanto mas atentos, profundamente recogidos y constantemente mortificados estamos sobre nosotros mismos, tanto mas gozamos de una libertad perfecta... Lloremos aquel tiempo desgraciado que hemos pasado en una tan dolorosa y peligrosa esclavitud. Demos gracias á nuestro divino Redentor que con el precio de toda su sangre nos ha vuelto á comprar, á librar y á salvar; á este Hijo adorable, generoso y benéfico, que no solo nos ha hecho libres, sino que nos ha adoptado también por sus hermanos; nos ha elevado hasta su esfera y á la calidad de hijos de Dios, para que pudiésemos habitar eternamente con él en la casa y dividir con él su herencia eterna; ¡Oh Dios, qué libertad, qué favor, qué honor, qué esperanza! Tendré un corazón para renunciar y para hacerme esclavo del pecado y del infierno?

PUNTO II.

NOS CREEMOS HIJOS DE LOS SANTOS, Y SOMOS HIJOS DE LOS PECADORES Y DE LOS MUNDANOS.

Se gloraban los judíos de ser los descendientes de Abraham, por Isaac y Jacob. Nosotros también nos gloriamos de ser hijos de santos. Tenemos santos de nuestra nación, de nuestra ciudad; santos protectores, de quienes celebramos la fiesta, de quienes llevamos el nombre, santos fundadores de quienes seguimos la regla y de quienes llevamos el hábito, cuya santidad alabamos acaso tan bien como los judíos, con cualquier sentimiento de emulación, de vanidad y de celos, pretendiendo con esto ser mas que los otros. Pero comparémosnos con estos santos de quienes nos decimos hijos. ¿Qué desigualdad!

Primero. ¿Nos asemejamos nosotros á los santos en cuanto al amor que ellos han tenido á la palabra de Dios? "Sé (continúa Jesucristo) que sois hijos de Abraham; pero basais quitarme la vida porque no cabe en vosotros mi palabra. Yo digo lo que he visto en mi Padre, y vosotros igualmente haceis lo que habeis visto en vuestro padre..." Esto es, yo sé que descendís de Abraham; pero si fúeis sus dignos hijos, no buscaríais, como haceis, los medios de quitarme la vida; este infame desdigno es un efecto de la dureza de vuestro corazón, siempre inflexible y rebelde á mi palabra. No me maravillo que tengáis tanta aversión á mi persona y á mi doctrina; yo bien sé la causa. Ciertamente todo lo que yo os digo, lo he aprendido de mi Padre, y de esto tengo un conocimiento seguro; pero vosotros, vosotros no haceis otra cosa que lo que vuestro padre os ha enseñado. La palabra de Dios ha sido siempre el fundamento de la fe de los santos que nos han precedido. Inviolablemente unidos á la enseñanza de la Iglesia, de ella recibían la palabra de Dios y su interpretación, y detestaban todo aquello que aunque por poco, se alejaba de su doctrina y de la obediencia debida á los legítimos pastores. La palabra de Dios era la regla de conducta. Observaban los preceptos; guardaban también los consejos en cuanto se lo permitía su estado y en todo seguían las máximas del Evangelio.

La palabra de Dios era las delicias de su corazón, la leían con ansia, la meditaban día y noche, la gustaban y estaban penetrados de ella. Una sola palabra los arrebataba y los llenaba de la mas tierna devoción. Pero nosotros, nosotros abandonamos esta divina palabra sacada del seno de Dios. Nosotros miramos lo que piensa y cómo vive el mundo. Nuestra fe es la fe del mundo. Nosotros hablamos de la Iglesia y de la religión como el mundo y como le agrada al mundo. Nuestras reglas y nuestras máximas

son las que vemos que sigue el mundo. Nos parece extranjera la palabra de Dios y no encontramos en nosotros lugar alguno; no en nuestras ocupaciones, no tenemos tiempo para oírla ó leerla; no en nuestro espíritu, este está demasiado distraído para poder meditar; no en nuestro corazón, este está lleno de otros terrenos para poderla gustar. Piedad, fervor, devoción; estos sentimientos nos son desconocidos; ni siquiera conocemos los términos ni sabemos su significado. ¡Ah! no somos aquellos hijos de los santos que celebramos, sino hijos del mundo que vemos y de los mundanos que imitamos.

Segundo. ¿Nos asemejamos nosotros á los santos en cuanto á la práctica de la virtud? "Le respondieron y dijeron: nuestro padre es Abraham. Les dijo Jesús, si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham..." ¡Ay de mí! no puede también decir á nosotros, si sois hijos de los santos, imitad las virtudes de los santos, haced las obras de los santos? ¿Ahora en los santos qué obras, qué virtudes, qué fe, qué esperanza, qué amor de Dios, qué caridad para el prójimo! ¡qué paciencia en los males, qué desinterés en el uso de los bienes, qué desprecio de ellos, qué fortaleza para vencerse, qué cuidado para conservarse en la pureza y en la gracia, qué dilatación, qué humildad, qué obediencia, qué reconocimiento, qué modestia, qué continuación en la oración, qué frecuencia de sacramentos, qué fervor en todos los ejercicios espirituales!... ¡qué mortificación, qué penitencia, qué ayunos, qué vigiliat! ¿si nada hacemos de todo esto, con qué título pretendemos nosotros pertenecer á los santos? ¿pero los santos no han hecho por ventura demasiado? No; y podían ellos hacer demasiado por Dios á quien habían de servir, por el Salvador á quien debían imitar, por el enemigo que habían de vencer, por los obstáculos que habían de superar, por el cielo que habían de ganar y por el infierno que habían de evitar? ¡Ah! guardémosnos de que teniendo hacer demasiado, no hagamos lo bastante, y que queriendo disminuir alguna cosa de esto, nada hagamos y lo vengamos á perder todo.

Tercero. ¿Nos asemejamos nosotros á los santos en cuanto al huir de las vicias? "Pero, añadió Jesucristo, ahora busais el quitarme la vida siendo hombre que os he dicho la verdad que os dió Dios; Abraham no hizo esto..." Si á todas las acciones de nuestra vida aplicásemos los ejemplos de los santos, ¿cuántos vicios encontraríamos que cortar! Nosotros mantenemos en nuestro corazón los odios, las antipatías; los desprecios, los celos, las sospechas y los deseos de venganza; los santos no han hecho esto. Nuestros discursos están llenos de malicia, de murmuración, de calumnias, de ultraje, de quejas, de errores y de mentiras; esto no lo han hecho los santos. Continúemos á aplicar esta regla á todas nuestras acciones, á todos nuestros

deseos y á toda nuestra conducta, y veremos que nuestra vida es del todo diferente de la vida de los santos, y toda semejante á la de los pecadores y mundanos. Cualquiera nombre, cualquiera hábito que llevemos, si tenemos solamente las obras del pecado y costumbres viciosas, nada tenemos de común con los santos, no tenemos derecho alguno á su recompensa, y solo podemos y debemos esperar el experimentar los suplicios eternos reservados á los pecadores.

PUNTO III.

NO S CREEMOS HIJOS DE DIOS Y SOMOS HIJOS DEL DEMONIO.

Primero. *El carácter de los hijos de Dios es amar y recibir todo aquello que de él viene.* "Vosotros hacéis aquello que hizo vuestro padre, y ellos le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; tenemos un solo padre, Dios. Pero Jesús les dijo: Si Dios fuese vuestro padre, ciertamente me amaríais á mí, porque de Dios he venido, y que no he venido de mí mismo, sino que él me ha enviado. ¿Por qué razón no entendéis vosotros mi lenguaje? ¿Por qué no podéis sufrir mis palabras?...? ¿De dónde viene que vuestros ojos no pueden sufrir mi luz que es la de Dios? ¡Ah! vuestra obstinación es la que os hace sordos á mi palabra. Los impíos modernos, como otras veces los judíos, se glorían aun cada día de tener á Dios por padre y de reconocerlo á él solo; pero si tuvieron los sentimientos que deben tener los hijos dóctiles, amarían á aquel que por su naturaleza es el Hijo de este Padre omnipotente que es igual á su Padre, y que ha hecho ver en una manera tan evidente que había venido de parte de Dios á los hombres para librarlos de sus males, para adoptarlos en él y conferirles los verdaderos bienes, estarían ansiosos de saber lo que este único Hijo ha venido á anunciarles de parte de su Padre y de seguirlo; amarían lo que él ha establecido sobre la tierra á su Iglesia y al que ha puesto en ella para enseñarnos después de él. Esta es el carácter de los verdaderos hijos de Dios; pero estos que lo son solo por la creación y no por los sentimientos, quieren un padre que nada les hable, que nada les diga, que nada les mande, que no los reprenda, que no los castigue que los deje vivir á su gusto y quebrantar impunemente todas las leyes de la justicia, del pudor, de la subordinación y de la religión; y si les hace anunciar su voluntad, nada quieren comprender, nada quieren creer ni quieren aun oír hablar de esto, y después de todo se creen justificados viéndolos á decir que todos tenemos el mismo Dios por Padre. ¡Ah! hijos ingratos y desnaturalizados,

vosotros lo tendréis por juez y por vengador de vuestra inoportunidad.

Segundo. *El carácter del demonio es de ser cruel y falso.* "Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis satisfacer á los deseos de vuestro padre; él fué homicida desde el principio y no perseveró en la verdad porque en él no hay verdad; cuando habla con mentira habla de lo suyo, porque él es mentiroso y padre de la mentira." El demonio busca solo nuestra perdición y nuestra muerte según el cuerpo y según el alma. El es el que desde el principio ha introducido la muerte en el mundo, y quien provoca también á ella, incitando á los hombres á que se destruyan entre sí. El es el que ha introducido la muerte del alma por el pecado, y el que continuamente nos solicita al pecado para proveerarnos la muerte eterna, haciendo que seamos condenados á los mismos suplicios destinados para él. El es falso, perverso, engañador, mentiroso y padre de la mentira. Dijo á nuestros primeros padres: Comed, no moriréis; seréis como dioses. Nos dice á nosotros: Seguid vuestra pasión; en ella encontrareis sólidos placeres y la verdadera felicidad de la vida; no moriréis tan presto: os convertiréis. Después dice: No podéis ya convertirlos, estáis desesperados; entre tanto os convertiréis. Después dice: Os convertireis en la muerte. Dice finalmente que en la muerte no tenéis que temer: moriréis enteramente; la otra vida es una fábula, el infierno un espantajo y la religión una impostura y una superstición; el alma muere con el cuerpo, el alma no es otra cosa que el cuerpo; no hay espíritu, no hay alma. Ved aquí los pensamientos, los errores y las mentiras que el demonio no cesa, según la ocasión, de sugerirnos. ¿Y los hombres que tienen la audacia de publicarlas abiertamente, qué otra cosa son que ministros del demonio? ¡Oh y cuántas veces hemos sido engañados por las imposturas de este enemigo capital de nuestra alma! Queremos nosotros ser siempre engañados; ¿queremos aun escuchar al demonio?

Tercero. *El carácter de los hijos del demonio es asemejarse á su padre en la crueldad, en el odio de la verdad y en el gusto del error.* "Pero á mí no me creéis (continúa Jesucristo), porque os digo la verdad...." Si el demonio mismo hubiera podido hacer morir á Jesucristo que destruye su imperio, lo hubiera hecho; pero animó á los judíos, y estos lo hicieron, cumpliendo sus deseos. Los que son aun sus ministros, son los que persiguen á Jesucristo en sus miembros y en su Iglesia. Se dice amar la verdad; ¿pero qué verdad? verdad de ciencia, verdad de sistema, verdad humana, y que muchas veces es pura mentira; pero la verdad de Dios, la verdad revelada, la verdad enseñada por la Iglesia, no se quiere creer, ni aun oír. Al opuesto, se lee con deseo y con ansia todo lo que es contrario á esta santa verdad, contra la religión y contra la Iglesia.

Se da fe á cuanto se puede oponer al cristianismo. Los razonamientos mas incongruentes, los mas contradictorios, las fábulas mas absurdas y las sátiras menos verosímiles, son creídos sobre la fe de personas preocupadas de la pasión é interesadas en apartarlos.

PETICIÓN Y COLOQUIO.

Libradme, oh Señor, de este espíritu de inoportunidad, de error y de mentira y hacédmelo gustar la verdad de vuestros misterios, de vuestra moral y de vuestras máximas. Concedédmela gracia que después de haberla gustado me atenja á ella, y me una estrechamente con ella para no separarme jamás. Amen.

MEDITACION CLXXX.

FIN DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN EL TEMPLO EL SABADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

San Juan, cap. VIII, v. 46, 59.

INSTRUCCION DE JESUCRISTO SOBRE SU DOCTRINA.

Instrucción de Jesucristo primero, sobre la verdad; segundo, sobre las utilidades de conocer el origen de su doctrina.

PUNTO I.
INSTRUCCION DE JESUCRISTO SOBRE LA VERDAD DE SU DOCTRINA.

Primero. *Pruebas de la verdad de esta doctrina.* "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; por esto vosotros no las oís, porque no sois de Dios...."

Jesús es irreprochable en su persona, en su moral, en sus dogmas y en sus milagros. Pasañese, pues, el mas declarado enemigo del cristianismo, y vea si puede hallar alguna cosa que replique, que critique y que oponer con razon contra alguno de estos puntos. Nada por cierto. La vida de Jesucristo es el espejo de todas las virtudes, y sus enseñanzas no le han echado jamás en rostro algun vicio personal, alguna acción heccha contra la ley de Dios. Una vida santa é irreprochable no es la primera prueba que los impostores, los filósofos, los novatores estén acostumbrados á dar de la verdad de su doctrina.... La moral de Jesucristo no es menos irreprochable que su vida. ¡Hay acaso en esta moral co-

sa alguna que no sea conforme á las mas puras luces del espíritu, á los mas perfectos deseos del corazón, á los mas íntimos sentimientos de la conciencia; ¿es acaso lo mismo de la doctrina opuesta á la de Jesucristo? Sus dogmas son superiores á las fuerzas de la naturaleza, si; pero lo deben ser porque contienen los misterios y las obras de Dios; y si estos dogmas contienen cosas incomprensibles, no contienen cosas contradictorias, falsas, pueriles, disparadas, como se encuentran con abundancia en los dogmas que á ellos se oponen. Y si estos dogmas son superiores á la razon, no solo no son contra la razon, sino que vienen confirmados tambien por las obras superiores á la naturaleza.... Los milagros de Jesucristo son incontrastables por su publicidad, por su esplendor, por la manera con que han sido obrados y por el fin porque se han hecho. Los han visto y los han examinado. ¡Han encontrado acaso en ellos la mas mínima sombra de dolo, de engaño, de mentira? No es así de los impostores. Pero dirá alguno: Si Jesucristo nos ha anunciado una doctrina tan evidentemente verdadera y ha obrado tantos milagros para probarla, ¿por qué, pues, no han creído todos en él?... Dificultad ya de largo tiempo propuesta y varias veces repetida. La ha prevenido el Salvador y nos da aquí el mismo su solución. Apliquémola á los incrédulos de nuestros tiempos. ¿Cómo se hallan aun aquellos que no creen la doctrina de Jesucristo ó que tienen de ella una fe débil y la aman? ¡Ah! porque no aman á Dios no son de Dios; son dados al mundo, al demonio y á sus pasiones. Si se tratase solamente de una fe especulativa é histórica, todos creerían; pero esta doctrina nos llama á Dios, nos acerca á Dios, y los pecadores quieren estar lejos de él.

Segundo. *Respuesta de los judíos á esta propuesta simple y modesta que les hace el Hijo de Dios.* Le dan una respuesta injuriosa que lo ultraja. "Pero le respondieron los judíos y dijeron: No decimos nosotros con razon que tú eres un samaritano y que tienes demonio.... Consolao, fieles ministros de Jesucristo, cuando el mundo, con interpretaciones vanas y quiméricas, os dará el nombre ó los nombres mas odiosos; consolao cuando unidos á la Iglesia y sumisos á sus decisiones, seréis acusados é injuriados de aquellos que la han abandonado ó que ya no reconocen su vez. Quanto mas desafiáreis á vuestros enemigos á que busquen si hay en vosotros alguna cosa reprehensible y que no sea edificativa en vuestra conducta y no la hallarán, tanto mas gritarán ellos, publicarán y se persuadirán que tienen razon y que hacen bien en tratarlos como os tratan.

Tercero. *Réplica de Jesucristo.* "Respondió Jesús: yo no tengo demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habéis vituperado; pero yo no busco mi gloria, hay quien la busque y